

Sociología de la pequeña revista literaria

Escribe: RAFAEL OSUNA

Las revistas pequeñas están casi todas por estudiar. Cuando nos hemos acercado a ellas, hemos elegido las de más éxito y más perdurable vida. Es decir, hemos privilegiado las grandes de las pequeñas: las tritones. Las verdaderamente pequeñas —pequeñas en su importancia, cortas en su devenir— se han dejado arrinconadas y nadie, ni los críticos más ambiciosos, han hecho nada por manejarlas *metódicamente*. Ocasionalmente, entre las revistas pequeñas existen algunas fundadas por escritores afamados, y éstas sí se han usado, pero sólo tangencialmente, al analizar la obra de aquellos. Los estudios sistemáticos de ellas, bien sea en conjuntos diacrónicos o sincrónicos, o bien individualmente, no existen apenas. Monografías sobre la obra total del escritor, un aspecto temático o estilístico o una de sus obras son abundantísimos. No acaece así con el grupo íntimo con que el escritor se relaciona —no nos referimos a su “escuela” ni a sus contactos personales—, grupo que participa de una formación y unas lecturas comunes y puede ejercer una acción cultural colectiva que quizá se exprese en una revista.

Las dificultades para estudiar estas revistas son grandes: en las bibliotecas del extranjero son prácticamente inexistentes, y en las de España —aparte de las hemerotecas madrileñas—, rarísimas. Nos referimos, sobre todo, a las anteriores al régimen franquista. Las aparecidas en los últimos cuarenta años no son tan inaccesibles en España, aunque en el extranjero lo son casi tanto como las antiguas. Por si fuera poco, no existen inventarios de ellas, ni índices, ni antologías, ni reproducciones, ni bibliografías. Dejadas de la mano de Dios y del diablo, asoman su cabeza de cuando en vez en menciones fuga-

císimas hechas en libros de crítica o de memorias. No sería demasiado exagerado afirmar que hoy es menos dificultoso trabajar con pliegos de cordel del siglo XVI que con estas hojas novísimas.

Un estudio de revista pequeña debe aproximarse a ella con la misma seriedad con que lo hacemos —en los contados casos en que lo hacemos— a una revista de largo alcance cultural o a un diario prestigioso. En primer lugar, hay que hacer el análisis estructural de la revista considerada como artefacto: esto es, hay que dejar testimonio de sus fundadores, redactores y colaboradores, de su formato y sus tipos de letra y espacios, de su tirada y su financiación, de la sede de su administración, su precio y su impresor. Pero estos datos crudos, que son mucho más que una ficha bibliográfica, habrá que interpretarlos, pues la estadística no es en sí una ciencia.

Una revista puede comenzar con cuatro directores y terminar con dos. El abandono de algunos debe merecer nuestra atención, pues puede deberse a un cambio de orientación impuesto a la revista por parte de los más fuertes o por presiones externas, aunque en revistas pequeñas éstas son raras. Puede deberse a una simple corrección de la naturaleza: en el grupo inicial se cometió el error de aceptar a alguien. Factores accidentales pueden también explicar los alejamientos, que pueden ser meramente físicos. También puede ocurrir, por supuesto, que a los primitivos directores se añadan otros más tarde. Estas fluctuaciones de la célula que hace la revista no es de interés sólo para el sociólogo —si un sociólogo llegara a interesarse por estas menudencias—, sino principalmente para el crítico literario, que a través de ellas puede explicar los nuevos rumbos literarios, si los hay, la aceptación, por ejemplo, de ciertas colaboraciones o las actitudes de rebeldía o conformismo que se manifiestan a raíz de esas fluctuaciones.

En las revistas pequeñas no suele existir la distinción entre fundador, director, redactores y colaboradores. La armazón de empresa es para todos los efectos inexistente y viene casi siempre a reducirse a dos compartimientos: los directores y los colaboradores. Estos directores son ellos mismos colaboradores de la revista, a cuyos números contribuyen casi siempre todos ellos. Pero estos órganos literarios no son sólo juegos narcisísticos, sino mecanismos de intercambio; no sólo plata-

formas exhibicionistas, sino trampolines. Se acepta, pues, la colaboración foránea para poder luego publicar en la revista de la que es director el que aquí es colaborador. Naturalmente, esta es una forma poco generosa de mirar la colaboración ajena, y el analista que la revista tenga encontrará sin duda otras precisiones. El colaborador puede no ser de intercambio, sino de dirección única: visita, pero no recibe; es el caso de los grandes nombres. Estos nombres asoman sin cesar en todas estas transitorias revistas, las cuales por ello son un material de investigación incontestable. Con su prestigio, la revista navega aguas tranquilas por el alto mar de la literatura. Estos padrinazgos dicen mucho de la orientación de la revista: qué actitud adopta hacia los nombres representativos de un momento dado, qué nombres desaloja, qué identificaciones sociales, políticas o literarias retrata consciente o subconscientemente. También pueden decir mucho de los colaboradores de prestigio, sino que a la inversa. Pero la revista pequeña refleja casi sin excepción ciertas acomodaciones: con otros poetas locales, a los que invita, o con los "espontáneos" de la poesía que viven cerca, pero están marginados, del grupo creador. El temple literario de una revista es menester, pues, encontrarlo en el equilibrio manifestado por los que la hacen desde dentro y los que la hacen desde fuera. El estudioso de ella deberá hacer otras precisiones: frecuencia de las colaboraciones, su procedencia geográfica y cuantificación de los géneros literarios representados. Estas revistas son a menudo íntegramente nacionales, pero no dejan de aparecer ocasionalmente nombres hispanoamericanos o europeos. ¿Son colaboradores directos estos últimos o capturados de otras revistas? ¿Qué lenguas conocen los miembros del grupo?

El formato puede no tener importancia, pero sí los tipos de letra, la portada, los espacios en blanco y los adornos gráficos, pues nos dicen mucho esos datos de la revista como artefacto artístico. La calidad literaria de una revista no es infrecuente que vaya aunada al buen gusto de su atuendo. Por lo general, los escritores mismos son los improvisados confeccionadores de sus páginas, que no se abandonan al riesgo de los confeccionadores profesionales. Si los escritores no conocen al principio estas técnicas, las aprenderán bien pronto forzados por las limitaciones de la imprenta. Claro que a estos grupos literarios con frecuencia se adjunta el artista local, que dicta-

rá las reglas de la belleza tipográfica y cuyo consejo se seguirá. El creará las letras de la titulación y algún que otro adorno. Vendrán luego a prestigiar la revista los artistas de fuera.

El formato puede ser pequeño, como lo es el número de páginas. Este último viene impuesto, no por criterios selectivos, sino por la precaria financiación: las revistas pequeñas son, en efecto, necesariamente pequeñas; no tendrán estos escritores un sueño mejor que crear un día la revista grande. Pero este formato y este sucinto número de páginas son, desde un punto de vista mecánico, los elementos que más influyen en la estructura de fondo de la revista. Esta es, en efecto, recipiente de un género predominante: la poesía, por lo que no deja de causar sorpresa la alegre negligencia en que las abandonan los estudiosos de ésta. El cuento será el otro género de mejor acogida, y no deja tampoco de asombrar la voracidad con que se lanzan los críticos de la narrativa hacia la novela dejando arrinconadas estas sonoras arpas. Digamos, además, que es menos frecuente que el cuento se recoja posteriormente en libros. Por lo demás, la crítica de libros no puede ser muy anchurosa, como tampoco la atención prestada al teatro o la novela. Aquel se reducirá a la pieza en un acto y ésta, en ocasiones rarísimas, a la entrega espaciada por capítulos, o, lo que es menos raro, a la selección de uno. Para la difusión de los géneros literarios, la consideración de estos factores extrínsecos es de un valor indudable. En fin, íntimamente vinculada al formato y al grosor está la periodicidad, o mejor: la falta de periodicidad, pues ella es uno de los males ineludibles que definen estas publicaciones. Sin una consideración de su rudimentaria financiación, no se comprende ninguna de ellas.

La tirada de estas hojas hace que se constituyan en verdaderas rarezas bibliográficas. Cifras de 200 ejemplares son comunes, y la cifra escueta nos dice mucho del público a que van dirigidas. Estas cortas tiradas poseen destinos muy específicos y extremadamente bien seleccionados: se dirigen sin duda a los grandes nombres de escritores y críticos. Si el público no es amplio, es un público inteligente, atento y magnífico conocedor del producto. Para los escritores, el ejemplar recibido da la medida del grupo y provee los motivos para aceptar o no la invitación a colaborar. El crítico, que tiene acceso al periódico de gran tirada o la revista conocida, hará la reseña y, por

ende, la propaganda gratuita. De modo rudimentario, y a veces no tan rudimentario, la revista sabrá darse a conocer en los círculos cabales. Pero el anuncio continuo y sostenido, la recepción asegurada, se halla en el rincón de "Revista de revistas" que indefectiblemente poseen las de gran difusión.

Estos tres sectores constituyen, pues, el mejor público del grupo revisteril, pero no son los únicos. Es más que probable que la revista tenga suscriptores. Desde luego, estos suscriptores forman el grupo más heterogéneo posible, y lo constituyen, aparte de los vocados a estos menesteres, los mecenas locales, los allegados al grupo y algunos familiares. La suscripción geográficamente lejana es *rara avis* con la que estos escritores se sentirán vivamente emocionados. Este menudo alcance de las menudas revistas no es un factor menudo. Al contrario que otra prensa de escasa difusión —cierta prensa obrera por ejemplo—, la revista pequeña es minoritaria por definición y este elitismo se mostrará en los temas, los géneros, las formas, los intercambios y los libros que se propagandizan al reseñarlos. Publicística de grupúsculos dirigida a microgrupos, estas revistas son los reflejos públicos de sectores sociales privilegiados y vehiculadores de una mentalidad minoritaria. Revistas, en suma, de universitarios. Si la mentalidad no es minoritaria, entonces su valor sociológico adquiere nuevo relieve.

La financiación de estos fugaces papeles no puede ser más primitiva. Ni hay consejos de administración ni accionistas. Cada cual contribuye con lo que puede y a cada cual se le saca lo que es posible. Desde el Ateneo hasta el Ayuntamiento, pasando por el romántico corredor de fincas y la mamá pudiente, todos contribuyen a la empresa. Indefectiblemente, los optimistas que se suscriben por un año raras veces llegan a recibir los números prometidos ni la devolución de su cuota. Si en toda empresa publicística hay que *chercher l'argent* —como la *femme* en otra clase de enigmas—, no así en las revistas pequeñas. Ni existen presiones desde arriba ni desde abajo, ni misterios económicos. Esto no quiere decir en absoluto que la financiación de la revista no sea factor esencial para su entendimiento; en las patrocinadas por organismos oficiales, ello es indudable. Sólo se intenta afirmar que la estructura económica, aunque teóricamente puede hacerlo, no explica en la práctica sutilezas literarias. Aquí todo es crudo y sin sal: se empieza con poco dinero y se termina o entrampado o con ninguno.

Mencionamos atrás otros factores que el crítico debe tener en cuenta en un primer acercamiento a la descripción metalingüística de la revista: el precio, la sede de la administración y la imprenta. El precio bien poco importa en el posible análisis, porque ya se ha dicho que la revista mayormente no se vende, sino que se regala, ni el precio es el más grave obstáculo para salir de su estrecho círculo de lectores: la estrechez del círculo es buscada. Si las masas no compran la revista, no se deberá al precio sino a no estar dirigida a ellas. La carencia de interés que manifiesta la gente por la obra de este grupo de elegidos es proporcional al ningún interés que el grupo siente por la gente. El tema social de este poema o aquel cuento no invalidará la afirmación. Pero, de todas formas, el público no sabría cómo adquirir una revista de la que no tiene conocimiento. Pues la revista, en efecto, no posee distribución comercial. Algunos números en los mejores quioscos locales o en dos o tres librerías, no son suficientes para acercarla al gran público. Por lo demás, y para terminar con esta parte de nuestra exposición, la sede de la administración, a menos que haya cambios en la fortuna de la revista, no ofrecerá gran interés: estará situada en la casa, la pensión o el colegio mayor de uno del grupo. Si hay cambios, el estudioso deberá averiguar su porqué y de qué manera puede reflejarse la respuesta en la imagen total de la revista. Por lo que toca a la imprenta, puede ser ésta grande o pequeña, pero lo más probable es que sea lo último, pues la empresa grande no se amolda a las continuas visitas que los novicios hacen a su criatura, los cambios que deciden sobre la marcha y los ineludibles caprichos que imponen. La imprenta es una prolongación de la administración y segundo hogar del grupo. ¡Cuántas de estas revistas se habrán manufacturado en prensas que hasta entonces sólo imprimían facturas y tarjetas de visita! Tan pequeñas como las revistas mismas, es dudoso que las imprentas que sigan existiendo conserven el estado de cuentas u otros papeles que podrían hoy arrojar alguna luz.

El estudio del grupo —estudio que debe ser previo al del contenido estrictamente literario de la revista— es indispensable. Encontraremos que los grupos son unidades generacionales. Todos tienen la misma edad más o menos, han hecho idénticas lecturas, concurren a los mismos centros docentes, provienen de una sola clase social y habitan en la misma localidad. Si existen diferencias sociales radicales, el crítico debe reseñarlas y

analizar de qué forma pueden condicionar la elección de temario; dígase lo mismo de la educación académica, aunque por lo general será en unos la abogacía y en otros la carrera de letras. Si un miembro del grupo es mayor que los demás, esto puede servir para valorar la dirección, los compromisos y ciertos ajustes, reajustes o desajustes de la revista. El que unos posean contactos personales más amplios que otros, es otro punto de tener en cuenta, pues de aquellos provendrán la captación de las colaboraciones forasteras, el mayor radio de acción de las suscripciones y la gestión de ciertos patrocinios. Estos contactos personales pueden venir determinados por viajes o estancias invernales en centros universitarios localizados lejos de la redacción. Los miembros del grupo, por otra parte, pueden tener ya obra publicada, cuya influencia y prestigio hay que determinar.

No es infrecuente hallar que la revista es sólo una, entre varias, de las manifestaciones públicas del núcleo creador. Las exposiciones de pintura, los ciclos de conferencias, las intervenciones en la radio local y quizá algún certamen, son naturales ramificaciones que han de explorarse para comprender el impacto total: impacto social y cultural. En este sentido, uno de los senderos más fructuosos es el de la colección de libros, apéndice connatural de tantas revistas. ¿Quiénes publican en ella? ¿Qué clase de libros? ¿Qué relación guardan con el significado de la publicación periódica?

Desde términos puramente investigadores, los “archivos” de la revista son imprescindibles. En estas empresas, por modestas que sean, existe siempre una activa correspondencia y un canje de libros y revistas. También se suelen conservar los originales de prestigio y las colaboraciones pictóricas. Los cancheros de esta documentación son, naturalmente, los integrantes del grupo, los cuales, al diseminarse, se la llevaron consigo. E innecesario es decir que sería meritorio seguir la pista al futuro del grupo para tratar de aislar los elementos formativos que aportó la empresa adolescente, como también sería aconsejable estudiar no sólo la recepción que obtuvo la revista en su tránsito por el mundo, sino también su fama posterior.

Después de todas estas indagaciones previas, el sociólogo de la literatura —mejor: el estudioso de amplias miras— debe dejar paso al historiador de la literatura y éste, luego, al crí-

tico de ella. Un análisis histórico de la revista debe enfrentarse ante todo con la cuestión de su papel dentro de la historia de las revistas. ¿Qué lugar ocupa ésta en una escala de calidades e influencias? ¿Qué aporta y qué mimetiza? ¿Dónde se sitúa entre sus contemporáneas? Por lo demás, la variedad de aproximaciones históricas es tan amplia como lo son los estilos y los temas que cualquier revista contiene. Pero estas aproximaciones, si bien esenciales, no son básicamente las aconsejables en estudios tales. La novedad que para el historiador presenta la revista no es la de ser una hilera de colaboraciones al azar, sino la de ser precisamente un conjunto deliberado; esto es, no hilera sino sarta. Una revista puede ser —las más veces lo es, por desgracia— un conglomerado heterogéneo publicado con periodicidad. Pero otras veces es una serie de “antologías” con comunes denominadores subyacentes. ¿Qué se propone un número particular? ¿Por qué este número de homenaje? ¿A qué se debe la elección de un tema monográfico? ¿Qué poseen en común todos los números de la revista? ¿Qué nos dice, en fin, la revista toda?

Los ángulos de la crítica pueden ser tan variados —de hecho, lo son más— como los históricos. Pero todo historiador que se precie de serlo es también un crítico, como todo crítico es un historiador, pues ni el devenir cronológico en sí ni el ucronismo textual nos dicen todo; los análisis críticos subjetivos u objetivos, positivistas o idealistas, textuales o contextuales, son naturalmente posibles ante todo texto literario. Pero, como en el caso del historiador, no es aconsejable para un crítico la elección de un criterio único. Si la literatura es una manifestación de la historia, la crítica literaria es una manifestación de la cultura. Y la cultura es tan polivalente y global como son sus contenidos: los objetos culturales. El crítico que analice un poema determinado de una determinada revista nos estará dando el análisis de un poema, pero no el de la revista. La revista es un haz de creaciones y el crítico hará bien en estudiarlas como haz. La actividad crítica debe sintetizar los análisis realizados para ofrecernos una visión total de la revista, como cuando el crítico de un libro nos da —o nos debiera dar— la visión global que ofrecen sus componentes históricos, literarios, culturales y sociales.

¿Por qué surgen las revistas poéticas? Esta pregunta se la hacía un escritor en 1964, y a ella daba la sorprendente res-

puesta de que “las revistas poéticas surgen movidas por ese noble fatalismo, casi biológico, del *porque sí*”. ¿Por qué estalla una guerra mundial? Con el mismo tipo de argumentación, alguien podría contestar que *porque sí*. No, las revistas pequeñas —ni las grandes, por supuesto— no nacen por generación espontánea. “¿Son formas del cantonalismo mental, afirmación hirsuta de personalidad, prueba de discontinuidad en el esfuerzo”, según se preguntaba el mismo autor. Son estas, precisamente, algunas de las preguntas que, por su afirmación individualista, la metodología sociológica debe rechazar.

¿Por qué surgen, pues, las revistas pequeñas? La respuesta no podrá ser una para todas las revistas de épocas tan diversas creadas por personalidades tan variadas. El análisis del grupo como tal y de las individualidades de los redactores podrá ofrecer la solución en cada caso, análisis cuyas posibilidades hemos desmenuzado hasta ahora. Ahora bien, un análisis completo debería también tener en cuenta los contextos sociales que transvasan al grupo. Lo mismo ocurre con los libros. El porqué individual de *La Galatea* de Cervantes es un enigma válido, pero también lo es su porqué social. Esto es, no sólo por qué fue escrita a los 38 años por Cervantes sino a finales del siglo XVI precisamente. Pero mucho más válido es preguntarse el porqué del género: ¿por qué existe una novela pastoril en la segunda mitad del XVI y no antes ni después? El lector captará la equivalencia. ¿Por qué las revistas literarias proliferan en el Romanticismo? ¿Por qué durante la dictadura de Primo de Rivera y mucho más durante la Segunda República? ¿A qué se debe su centuplicación, en una proliferación desmesurada, durante la dictadura de Franco? Para referirnos solo a lo que está más a mano: todo el mundo conoce el trauma creado por la guerra civil última, la hecatombe efectuada en las conciencias después de la guerra mundial, las condiciones de censura que encadenaban a los escritores españoles, los apoyos oficiales decididos a crear una literatura propia incluso a nivel local y la angustia de unos jóvenes, exiliados del interior, que desesperadamente deseaban expresarse. ¿Cómo puede hablarse de cantonalismos mentales, de afirmaciones “hirsutas” de personalidad, de perezas del esfuerzo o de “porquesíes”? Ver carpetovetónismo en un hecho sociológico y literario tan importante es fomentar el carpetovetónismo crítico. Y es de esto de lo que se trata: de abandonar las afirmaciones folclóricas de cierta

crítica al uso y aplicarnos seriamente a la interpretación. ¿Cómo es que la dictadura de Primo de Rivera ve la creación de tantas revistas? Verdad es que la legislación de prensa podrá darnos algunas respuestas, pero no olvidemos que la legislación es sólo la codificación de unas situaciones políticas y sociales. *Hojas Libres, Litoral, Gallo...* ¿Debemos estudiar estas revistas sólo como un conjunto de versos y prosas o también como manifestación de un momento social determinado? Y lo mismo habría que preguntarse de las revistas de la República. La libertad de prensa no puede explicar exclusivamente su proliferación, pues en la Dictadura no existía esta libertad; la libertad explicará el “compromiso” y su falta de “pureza”. ¿Qué reflejan estas publicaciones de ciertos sectores minoritarios de nuestra juventud? ¿Nos sirven como materiales para la historia de las ideas? ¿Cuál es la historia de su politización, cuando la haya, o qué vínculos existen entre la búsqueda de temas y formas y los eventos sociales y políticos que experimenta el grupo que la produce? Y por lo que toca a la aproximación histórica comparada, ¿qué poseen en común las revistas de la vanguardia o las de la República o las de Franco, con las románticas?

La historia, pero sobre todo la crítica, de nuestras revistas está por hacer a pesar de que hoy empiezan a existir ya materiales para aligerar la tarea. Las muchas calas hechas en las revistas románticas, algunos análisis hechos sobre las de la Restauración, los estudios que sirven de introducción a las recientes reimpressiones de revistas de la República y la guerra civil, los análisis de algunas falangistas y algunos otros monográficos de revistas grandes —*Helios, Leviatán, Revista de Occidente*, etc.— constituyen ahora magníficos avances. Pero las revistas pequeñas, las verdaderamente pequeñas, continúan vegetando en una negligencia abrumadora. Se nos preguntará: ¿es que merecen esas revistas estudiarse? Nuestra respuesta es negativa si nos referimos a ellas individualmente y cuando su función fue nula o mediana, pero no si las tomamos en bloque o si su papel fue renovador aunque fugaz o de corto radio. Las revistas de un momento dado, como la épica o la novela por entregas o el entremés o cualquier otro género transitorio, constituyen un campo de investigación no sólo válido sino fecundo. Y si puede objetarse que una investigación como la que proponemos es muy ardua por desear ser tan completa, sugeriremos

que sea hecha por los propios partícipes de la revista, que poseen todas las claves. Pero lo urgente, de todas formas, es inventariar, catalogar, formar índices, alzar estadísticas y acumular fichas, muchas fichas. Sin labores franciscanas no se pueden elucubrar jesuitismos. Nuestras palabras pretenden sólo aportar unas modestas apuntaciones metodológicas para estas tareas ya próximas.